

Las M múltiples: *Malicias feministas de Victoria Aldunate*

Gilda Luongo

El texto *Maliciosas*, desde su título y subtítulos, dibuja una boca que emite palabras en las que la consonante de inicio, bilabial y oclusiva, se multiplica y abre un abanico de sentidos feministas mudos que nos interpelan. Me digo: una intención encubierta borda las malicias del texto. Junto con ello construye una serie de términos cargados a modo de disparos en nuestras pieles: una descarga fulminante. Los labios juntos y el sonido obturado me provocan pensar en los significados de los calificativos seriados: maliciosas, marimachas, militantes, maracas y malditas. Todas en género gramatical femenino. ¿Quiénes son estas sujetos adjetivadas de este modo? ¿Por qué es preciso nombrarlas de este modo? ¿Es dable pensar que la ironía y la suspicacia se desatan como bombas de racimo entre estos vocablos injuriosos? ¿Explosionan los agravios de estos atributos nuestras cómodas lecturas feministas? ¿Quedamos desafectadas frente a ellos? ¿Si nos afectan, cómo respondemos ante ellos? Usar las palabras ultrajantes que nos han sido infligidas para aglutinar relatos de mujeres es una provocación feminista. Esa es la “malicia” de Victoria Aldunate. Suele ocurrir que, entre quienes rondamos los feminismos, nos apropiemos de las palabras agraviantes que nos han maniatado desde la cultura, desde lo simbólico y las asediemos para alterar sus sentidos. El lenguaje nos constituye, a menudo desde la opresión y las trampas, y si queremos transformar esta sociedad asfixiante y opresiva, necesitamos repensar el lenguaje, deconstruir sus binarismos, explotar sus significados, exponer la primacía del significante y explorar sus posibilidades libertarias con toda nuestra imaginación y osadía. Esto es lo que hace Victoria Aldunate al entregarnos nuevamente este texto, cuya fecha de primera edición ocurrió hace nueve años atrás. Casi una década, sin embargo sus narraciones siguen despertando hoy, en nosotras, una incomodidad que escuece nuestras pieles. Cuánta persistencia, me digo, pulsando en matrices hegemónicas conservadoras, patriarcales, opresivas, coloniales, clasistas. Victoria pone el dedo en la llaga y la hace sangrar. Otro gesto de la escritora me asalta desde mi lectura. Veo el índice del libro y en cada uno de los títulos aparece un agregado, que precisa el año del texto, y luego la palabra “testimonio” y su lugar de origen. En mi deformación

como crítica y escritora, pienso que la autora necesita precisar el contexto en el que surge cada historia, necesita contextualizar, pero además, y esto me parece fundamental, me deja pensando sospechosa cuando señala que es un “testimonio” surgido en un lugar específico. Victoria Aldunate quiere intervenir esta producción literaria señalando que cada uno de los mundos narrados tiene su asidero en una sujeto de carne y hueso. Alguna estuvo disponible para contar su cuento, el propio, el vivido, el experimentado, que se cuele en la elaboración narrativa de Victoria. La autora tomó, seleccionó, cortó, pulió, alteró dicho testimonio para darle la forma de relato, de cuento que formara parte de la producción literaria. Alguien podría señalar que esto es muy común en la literatura. Sin embargo, no es común hacerlo explícito. La pretensión intocada de lo ficcional es un punto álgido para la creación literaria, en general. Ya sabemos acerca de las dificultades de la literatura para acoger géneros menores o referenciales: cartas, diarios, testimonios, autobiografías, entre otros. La afirmación del testimonio nos aproxima al referente, a la experiencia y a una vida que tuvo existencia en algún momento de nuestra historia, de nuestra cultura. Así es como Victoria Aldunate sitúa dicho testimonio en lugares: Santiago posdictatorial, Puerto Montt, Talcahuano, Moscú; en el tiempo: septiembre maldito; en instituciones: oficina de la mujer, Primera Acogida; en circuitos político-culturales: mundo de las izquierdas exiliado-retornadas, mundo de las izquierdas. Este es un signo alterador de su escritura y destabilizador de los cánones literarios. Bienvenido este posicionamiento que trastorna el ordenamiento de la creación verbal.

El texto está armado en cuatro series que aglutinan relatos posibles de leer desde ese título serial. La primera serie “Marimachas”, cuyo género gramatical está alterado por el femenino, me abre un abanico desde la definición que la RAE hace del término en masculino, “Marimacho”: “Mujer que en su corpulencia o acciones parece hombre”. Los dos relatos que contiene esta serie nos enfrentan a mujeres que no tienen aspecto de hombres, sin embargo pueden ser adscritas a la identidad lesbiana. ¿Son mujeres? ¿Las lesbianas no son mujeres? ¿Son marimachas? ¿Son marimachos? Una serie de disquisiciones identitarias pueden abrirse a partir de este ejercicio que intenta dilucidar a los sujetos protagonistas. Uno de ellos “Un ángel muy particular” trabaja bellamente el cine como intertexto para (des)armar su trama amorosa. Los ángeles son seres sin sexo, hay un guiño allí. Los personajes, dos mujeres de sitios diferentes, en el sur de Chile, muestran un

vínculo amoroso posible, no obstante, fracasan y termina con la muerte de una de ellas, su suicidio, la de aquella que incardinaba la abyección sexual de modo más radical. La trama de la vida y la muerte se reiterará a lo largo de *Maliciosas* como posibilidad e imposibilidad vincular. Resulta ser una zona de gran carga emotiva y sería interesante indagar allí de manera específica porque es un surtidor benéfico para pensar la vida, transformar nuestras vidas de mujeres en contextos y en lugares disímiles de este planeta. El segundo texto de la serie indaga en el vínculo madre/hija. Una bomba de racimo. Una madre terrible se erige en este relato y en consecuencia se genera la pérdida del vínculo. La pérdida de un animal y la muerte de un animal abren un abanico para repensar la vida racional y la animal a secas, en conjunto con la relación madre/hija lesbiana. La segunda serie “Militantes” se compone de seis relatos. Pareciera que este título se escapa del matiz injurioso leído por mí en un comienzo, sin embargo, pienso que en estos tiempos y en una mirada retrospectiva, más de un tono de agravio podría encontrar, sobre todo en lo relativo a las mujeres militantes de izquierda, denostadas en tiempos de dictadura en las prácticas de tortura como “puta marxista”, “maraca marxista”, “perra marxista”. Las transgresoras que fuimos lo éramos en tanto militantes, mujeres políticas y por ello pasibles de ser denostadas. Esta serie trabaja de manera intensa los eventos históricos de antes, durante y después del golpe de Estado en Chile. El dolor es una emoción que pulsa en cada uno de los cuentos. No hay inocencia posible. Nunca dejará de dolernos ese evento traumático, un Golpe que no se borra y que vuelve, revuelve cada tanto a todas en estos contextos neoliberales salvajes y patriarcales. Por ello cada relato es un surtidor memorioso. Los allanamientos, las detenciones, las torturas, las desapariciones, las muertes, las ejecuciones, el exilio forzado, vivir el horror y seguir viviendo a pesar de ello, el trauma, el duelo, la herida que sangra una y otra vez. Asimismo, en esta serie Victoria Aldunate construye personajes que nos abren la llaga: la mujer de campo que cría a los hijos ajenos como empleada doméstica, y que es ejecutada; los estudiantes políticos de liceo, hombres tan jóvenes, asesinados y ejecutados; la mujer que hace memoria dolorosa, que pareciera ser ella puro dolor en ese abandono, un pulso del horror sin sostén golpe tras golpe; el revolucionario, el hombre nuevo, incapaz del vínculo amoroso aun cuando la muchacha cae rendida a sus pies; la tía cuica que no escucha sino el sonido desagradable de su propia voz de clase alta, ese tono de matriz colonial; el combatiente, homosexual oculto, que nunca fue combatiente y que termina asesinado en un

asalto a un banco. Este abanico de rostros es el crisol que sostiene y mueve a este país como arriba de un péndulo fatal: olvidar/recordar/olvidar/recordar de modo interminable. Una oscuridad con matices de sombras y luces tenues emerge de los relatos y nos conmueve. Sólo lo que duele permanece en el memoria, reza una frase de Nietzsche; el deber de memoria, el trabajo de memoria y la justicia laten en esta serie; a la vez, un pulso de disección se cuele en los textos: hacer sangrar la herida aunque duela otra vez y entonces, pienso como lectora, urge el intento necesario de sanar, la vertiente terapéutica del arte se cuele como llamado indefectible aquí. La tercera serie, “Maracas”, palabra que sólo en Chile significa prostituta, de ella dice el diccionario RAE: “Persona que mantiene relaciones sexuales a cambio de dinero”. Afortunadamente la definición amplió su registro de “mujer” a “persona”, gran cosa. Diez son los relatos que componen esta serie. Su vertiente es amplia, pero hay un hilo que se mantiene, según mi lectura, y tiene que ver con la violencia estructural hacia las mujeres o a lxs sujetxs que se posicionan feblemente desde esta categoría. El espectro de los relatos está marcado por la diferencia de clase. La mayoría de ellos ocurre en zonas de pobreza y van desde la historia de la trans que intenta obtener su carnet de identidad, cuestión imposible de lograr; la mujer pobre que negocia la vida (se sacrifica) y tiene que entregarse por obligación al sexo con un hombre mafioso para salvar al suyo que está en prisión; el femicida que hace las veces de taxista, va en busca de mujeres para asesinarlas, reviviendo así una escena de infancia: al matar a cada mujer, revive la anhelada muerte de la amante del padre que, según la madre, era la causa de los abusos del padre; el femicida que acuchilla a su mujer, pero esta sobrevive gracias a su imperioso anhelo de aferrarse a la vida pobre, a su pobre vida; la bailarina, costurera a cargo de sus hijas, asesinada por su ex pareja; el desamor de los hombres, su sexo de puercos, sexo penetrativo maquinal, centrado en su placer fálico, que no ve ni siente a la mujer; la bienquerida, -la única en el texto que parece ser un atisbo de sujeto en proceso de libertad- una mujer que asume su soledad y tener amantes de modo pasajero, sin anhelar matrimonio, ni hijxs, una única mujer en el texto que se quiere bien, por eso es “la bienquerida”, no obstante, hay atisbos que muestran alguna emoción que la hace dudar, son los afectos, sin duda, ese lugar que las mujeres en sociedades patriarcales y con preeminencia del régimen político heterosexual, necesitamos remirar y deconstruir una y otra vez; la mujer que viene a casarse, esa compulsiva que solo atiende al matrimonio, esa

institución que ha depredado la libertad de las mujeres y que nos somete de modo indiscutible a la maternidad, no hay casada que no aspire a los hijos, a la familia, otra institución férrea e inamovible que las feministas pocas veces nos atrevemos a exponerla como una zona de opresión; la costurera pobre que ve la teleserie de turno, que irónicamente se nombra como “horizonte de esperanza”, y que no se da cuenta que su matriz melodramática está asentada en varios de los hitos del sometimiento de las mujeres, la espectadora no es capaz de leer la teleserie en profundidad y se queda prendada de la figura de la serie que sí es una heroína por los sufrimientos que ha tenido que experimentar; la mujer popular joven que ha sido madre adolescente, que le quitan su hija, para que la críe la abuela, pero esta repite el mismo patrón: ser madre adolescente nuevamente. La cuarta serie “Malditas”, abre un crisol de mujeres que están en la línea de lo que este significante expande: la perversión, la ruindad, la mala intención, el ser miserable. Siete son los relatos que conforman esta serie. Las figuras femeninas son las protagónicas. Arman un registro diverso, pero todas coinciden en permanecer en esa zona entrampada, empantanada de las sujetos femeninas que no pueden romper con la hegemonía patriarcal centrada en lo amoroso, en el ascenso social, en el mercado neoliberal, por lo tanto, en la seguridad laboral, en los ejercicios de poder de corte masculino, inclusive la única voz feminista se ve incapacitada de romper, está colonizada en su constitución de sujeto y lo único que está a su mano es “un clavo saca otro clavo”; el registro más patético ocurre en el relato “La experta en género”, la jefa de la oficina ha hecho un diplomado en género, es una figura de la perversión, sigue el registro institucional masculino que la pone de lleno en la persecución del poder institucional, nada ni nadie es obstáculo para su ejercicio del dominio, me recuerda claramente las figuras que arman las teóricas feministas desde distintos registros, pero que calza perfecto en este caso: las feministas del poder (bell hooks), la regalona del patriarcado (Margarita Pisano), la mujer cuota (Adrienne Rich). Nuestra criticidad feminista no puede ser ciega ante estas zonas de perversión de nosotras en lugares de poder, aunque sean mínimos. Dos figuras conmovedoras se sitúan en relatos que abordan la locura, la llamada insanía de nosotras, las mujeres que siempre estamos en un borde intra-psíquico feble, a un paso de romper con toda la norma mental inoculada. La voz que narra en los relatos aborda estas historias con un tono que sospecha del discurso médico que las diagnostica y las encierra. Sospecha de los entornos enloquecedores de

nuestra subjetividad siempre en cambio, nunca estable de una vez y para siempre ¿Cuánta “locura” nuestra puede ser en realidad “cordura” en estas sociedades perversas de hoy? Por último y en no menor registro feminista, se encuentra la onanista, la masturbadora que reivindica esta práctica erótica que nos libera y nos impulsa para seguir batallando por la satisfacción sexual y auterótica en nuestras manos, ese placer que nosotras sabemos darnos y que necesitamos poner de relieve para legitimarlo y abrirlo incansablemente.

Toda esta batería de sentidos, imágenes, escenas, eventos, puesta en lenguaje nos regala Victoria Aldunate, agradecer a esta escritora feminista su provocación/invitación para leerla con fruición y continuar así, desde cada una, el ejercicio de resignificación inagotable.